

MUNICH 72:  
EL OCASO DE UNA  
MITOLOGIA

**Escribe:**

IGNACIO MARTIN BARO



## MUNICH 72: EL OCASO DE UNA MITOLOGIA

El sábado 19 de agosto pasado, durante la apertura de sesiones del Comité Olímpico Internacional, el entonces presidente, Avery Brundage, en un discurso de cuatro mil palabras, planteaba una vez más la estereotípica mitología olímpica: "Hoy, el movimiento olímpico es fuerte, saludable, floreciente; se basa en la igualdad de oportunidades y la ausencia de cualquier discriminación... Asimismo, está destinado a desarrollar la amistad y la cooperación internacional, con el fin de crear un mundo más agradable y más pacífico... Si los juegos llegasen a transformarse en competiciones entre naciones, sería el fin de los juegos". Leyendo estas frases, no sabemos si pensar que Brundage era un ingenuo o un farsante. Dada su constancia y su edad, preferimos pensar lo primero. En cualquier caso, si tomarámos al pié de la letra sus expresiones, habría que decir que Brundage leyó el discurso fúnebre de los ideales de los juegos olímpicos contemporáneos. Porque si algo ha quedado claro en Munich es que los juegos no sólo constituyen una ingente tramoya comercial, sino que son una palestra privilegiada para los intereses políticos imperantes. Con ocasión del encuentro ajedrecístico entre Spassky y Fisher, nadie dudó que lo que estaba en juego desbordaba el pequeño recinto de sesenta y cuatro casillas; de igual modo, nadie que no esté ciego podrá negar que en Munich se competía por mucho más que un simple puñado de medallas.

Para bien o para mal, hay que reconocer que las Olimpiadas son un acontecimiento eminentemente político, como *The Economist* se encarga de recordárnoslo en un pequeño artículo titulado "Cien años de Olimpólítica". Si alguna duda podía quedar sobre ello, los recientes juegos de Munich se han encargado de disiparla. Hagamos un breve recuento de los datos más sobresalientes al respecto: expulsión de los atletas de Rodesia, por razones de segregacionismo político-racial; la insistente propaganda alemana, obsesionada por borrar el recuerdo de los juegos berlineses de 1936 (el recibimiento otorgado a Jesse Owens prueba la clara intención política del gobierno alemán); el hecho de que Formosa (Taiwan) siguiera jugando oficialmente el papel de representación china; el gigantesco esfuerzo de la República Democrática Alemana por mostrar su superioridad sobre la Alemania occidental; la lucha por la hegemonía del COI; el ataque guerrillero de "Septiembre Negro", con las consecuencias internacionales de todos conocidas; finalmente, la eliminación de los negros norteamericanos, Vince Mathews y Wayne Collet por su actitud despectiva ante la bandera de su país, No sería difícil aumentar el recuento sobre la "Olimpólítica" de Munich.

Cabe preguntarse, qué queda del ideal olímpico de que son los individuos y no las naciones los que compiten. Si así fuera, ¿con qué derecho eliminar de la competencia a Mathews y Collet? La prensa internacional les ha acusado (como en México a Tommy Smith y John Carlos) de "politizar los juegos". Con razón ironiza Jean Lacouture en *Le Monde*: "Una fiesta transformada en concurso de vanidad patriótica no sería política. Pero el gesto de un hombre que expresa su desacuerdo, su voluntad de pertenecer a un grupo y su sentimiento de frustración sí sería político. Sería pura la manifestación política de los dominadores y criminal la de los dominados". No es de sorprender, por tanto, el malhumor de la delegación norteamericana, a la que las cosas no le rodaron tan bien como en ediciones anteriores.

Con todas las excepciones que se quiera, una vez más se probó que los Juegos Olímpicos no son más que el escenario para la exhibición vanidosa de las grandes potencias económicas y políticas. En este contexto, ¿qué papel jugábamos los latinoamericanos? El de comparsas; bienintencionados quizá, pero ingenuos comparsas de una fiesta que no era la nuestra. Súmense medallas, y se verá que Munich fue en lo deportivo reflejo fiel de la situación política internacional: quien manda, manda, y el que tiene la sartén por el mango la tiene en todos los aspectos. El puro esfuerzo individual deja caer sus ropajes míticos y aparece en toda su desnudez la realidad económica que se esconde tras la máscara del "amateurismo". Nos preguntamos cuántos de entre los ganadores del oro olímpico pueden ser tildados de "amateurs" o —para enfocarlo desde otro punto de vista— cuántos de ellos tienen que trabajar profesionalmente en otras actividades para mantenerse. Claro que existen formas de disimular el profesionalismo o para-profesionalismo: ayudas estatales, becas generosas, cargos nominales. . . Porque la verdad es que sólo aquél que no tiene que preocuparse por su situación económica puede afrontar las largas y pesadas horas diarias de entreno que exige el deporte moderno a nivel de categoría olímpica. Sería hora de que el COI fuera borrando barreras artificiales entre profesionales y aficionados.

Pero, a lo que parece, el COI ha tenido otras preocupaciones. Fundamentalmente, la de "moralizar". Según esos señores, los juegos habrían de ser puros, limpios, santos, algo así como una reunión idílica en un etéreo país de ilusiones. En frase de Brundage, el único interés de los juegos "está en la búsqueda desinteresada de la perfección por parte de los amateurs". Posiblemente por ello, porque no había más interés que el perfeccionismo atlético, los juegos no fueron suspendidos tras la tragedia, como parecía razonable. Pero queda siempre la duda de si esa fue realmente la razón, o más bien los inmensos intereses comerciales en juego. Mark Spitz, con sus siete medallas de oro, parecía tener las cosas bien claras cuando se negó a posar con sus siete trofeos ante la prensa internacional, a fin de vender los derechos exclusivos de tan codiciada foto a una revista comercial. No así Mathews, quien tuvo que soportar todo el puritanismo pseudo-apolitizado del COI. "Las personalidades del Comité Olímpico —dice Lacouture— y del comité organizador, representantes de una sociedad opulenta y que han hecho de los Juegos de 1972 los juegos del dinero, se creen con derecho a dar lecciones de virtud y dignidad a un negro de Brooklyn quien, sobre el podio, campeón olímpico, quizá la única ocasión en que cualquier americano le considerara al fin como su igual, puede expresar su opinión gracias a la victoria". Pero eso era "hacer política" y ya se sabe: la política, según la "moral" del COI, no entraba en los juegos. Como dice el mismo Lacouture, "algo ha quedado claro desde ahora y es que quienes aquí pretenden no hacer política en el recinto olímpico, han escogido abiertamente hacer una política: la del orden represivo y la del conformismo ritual".

En ello, el COI no ha hecho sino reflejar la situación de opresión que caracteriza a nuestro mundo actual. Porque el mismo moralismo fari-saico que el COI ha impuesto puertas adentro, los gobiernos y la prensa internacional lo han impuesto puertas afuera. ¿Qué editorialista, qué corresponsal de UPI o AP, qué comentarista radial o televisivo no se ha rasgado las vestiduras ante el ataque árabe a la villa olímpica? Pero esos mismos puritanos que han puesto el grito en el cielo ante la muerte de once judíos inocentes (y en eso estamos de acuerdo con ellos), han considerado natural y hasta llegado a aplaudir los "raids" aéreos judíos sobre indefensos poblados árabes (y en eso ni estamos ni podemos estar de acuerdo). Algo similar a lo que ocurre diariamente cuando nos desgarran

mos las vestiduras porque se secuestra o se asesina a un famoso industrial o a un potentado de las finanzas, pero tomamos como lógico que se aplaste a los desidentes políticos, que se les torture en nuestras cárceles, que se lancen toneladas de napalm contra poblados cuyo "pecado" consiste en ser comunistas, o que se deje en el olvido y la indiferencia a quienes entre nosotros mueren todos los días de hambre. Doble moral farisaica, cuyo único criterio es el propio interés, cuyo ideal es el mantenimiento del "status quo" a escala mundial.

Pero hay algo todavía más grave. Porque más grave es que nos escandalicemos por los efectos, pero no nos preguntemos sobre las causas. En última instancia, ¿qué puede llevar a unos hombres a cometer un acto tan desesperado como el que el comando árabe de "Septiembre Negro" realizó en Munich? Es lógico que el mundo sienta "mala conciencia" para **con el pueblo judío**, a quien tan miserablemente ha tratado a lo largo de la historia. Pero muy mala política sería la de contentar nuestras conciencias, aplaudiendo el que los judíos —y quienes les apoyan— cometan con los árabes las mismas injusticias que ayer se cometieron con ellos. ¿Con qué derecho condenamos el atentado árabe y bendecimos o condenamos la barbarie israelí? ¿Nos hemos preguntado, acaso, por el origen de esos hombres árabes, su realidad, su existencia, sus problemas, sus frustraciones? ¿Nos hemos preguntado, concretamente, cuál es la situación real del pueblo palestino, expulsado de su hogar, forzosamente sometido a **gentes extrañas, acorralado de por vida**? Pero no: las vicisitudes del pobre —ayer el judío, hoy el árabe o el latinoamericano— no interesan, como parecen no interesar las verdaderas causas generadoras de violencia. ¿Cómo van a interesar si son esas mismas causas las que tan sutil como eficazmente mantienen el orden establecido?

Lástima que se nos haya aguadado el espectáculo olímpico; lástima que, por esta vez, el deporte no haya podido cumplir con sus "apolíticas" funciones. Sólo que hace falta tener una conciencia demasiado ciega como para querer ignorar la política en este mundo y en esta sociedad, carente del más mínimo sentido, no ya de justicia, sino incluso de pudor.

Munich 72 pertenece a la historia; la cita es con Montreal 76. ¿Reharemos para entonces la mitología de la apoliticidad, el amateurismo, el generoso desinterés? Parece difícil. Pero mientras no cambie la realidad, seguiremos necesitando de mitos, tecnocráticos, demócratas u olímpicos.

**Ignacio Martín Baró**